

IV JUNIV ORGANIZADORY EKONOMIYNY

μ

Don
abril 18/57

*Viejas postales
descoloridas*



Por *Federico
Villoch*

*¡Clive,
Maecala,
Clive!*



F. Villoch

de ploseso a anheloson nostoner.
nabrtoson lndomemst de dne ja easlere onrens see ni bogeloso ventoso
see an ciltelro boirtico' lertitose o noser' atemre dno doirticatu enre
LU mremo vnebon lenit' jos onrens de dnens loitit' (30) [unabalku] onit

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

lndomemst
xion o nabrtoson' ni eforten ni tdeototico' de ciltelro boirtico nar-

pl

3

entero de los espectadores en la vivacidad de sus lances y hacerles perder en ciertos casos hasta el razonamiento; el tanto y la pifia dependen de un segundo de tiempo, bien o mal afortunado; y no descansan ni la vista ni el sosiego para poder apreciarlo, todo dentro de aquella atmósfera candente de emociones y en medio de aquella ensordecedora gritería que emiten miles de voces enardecidas: —¡Aire, Macala, aire!... Se pierde, o se gana, una fortuna en el instantáneo ir y venir de la pelota; e igualmente se gana o se pierde una vida en el rebote de esa esferilla de suave y blanca badana que se fabrica en Pamplona; y que encierra en su seno el destino y la suerte de tantos hombres. —¡Aire, Macala, aire!... A la terminación del juego veíanse salir muchos espectadores corriendo hacia las taquillas con la alegría retratada en el rostro, para cobrar sus afortunados boletos; y algunos, bastantes veces —en un principio y cuando aún la experiencia no había prodigado sus sabias lecciones—, olase en los servicios higiénicos de los cafés colindantes el estampido siniestro de un pistoletazo que había puesto súbito fin a una vida; siguiéndose al día siguiente, como lógico desenlace del suceso, la noticia de haber sido desfalcada la caja de un banco, o de un comercio de gran importancia de la ciudad... ¡Aire, Macala, aire!...

Formaban el cuadro de pelotaris de aquella primera temporada del Jai-Alai los entonces jóvenes y siempre aplaudidos jugadores, que el postalista recuerda: Ali Menor, Pasiego, Urresti, Navarrete, Odriozola, Lizundia, Irún, Vergara, Abando, Machin, Aguirre, Cecilio, y aquel Macala, rey y señor de la cancha, cuyo cetro mantuvo en alto gloriosamente muchos años. El primer partido de la tarde de la inauguración lo jugaron Odriozola y Aguirre (blancos), contra Lizundia y Pasieguito (azules), ganándolo éstos por treinta tantos contra veinticuatro. Uno de los partidos que los simpatizadores del Jai-Alai recuerdan con mayor entusiasmo fué el que se jugó la tarde del domingo que siguió al de la inauguración, entre Macala y

Abando, azules; e Irún y Vergara, blancos. Al principio —escribió la crónica— los azules, algo inseguros, dejan que el ambo se apunte 5 por 1. El tanto tres azul, es soberbiamente peloteado, después de cuentamente, a Macala y Abandiscutíselo a tres Vergara, elodiano. Con un peloteo dignísimo, intenta Irún el remate con una rasa preciosa; pero Macala se adelanta como una ardilla; y resta y remata a su vez de trabuque, lo cual estorba Irún, que encesta y remata nuevamente de carambola; pero vuelve a restar y rematar Macala..., etc., etc. Y el público, de pie, loco y enardecido de entusiasmo, lanza por primera vez el grito de guerra del Jai-Alai de aquellos tiempos:

—¡Aire, Macala, aire!

Se igualan a 21 y a 22. Vergara comienza a desfallecer. Irún pretende hacer el juego en los primeros cuadros; pero Cecilio y Macala lo restan todo. Crece el grito guerrero; retumba, ruge, ensordece, atruena:

—¡Aire, Macala, aire!

Vergara saca fuerzas y sostiene el partido de una manera inimitable. Se igualan a 25. Se adelanta el terno azul hasta 29. Los blancos rugen y llegan a 26 y 27; y así en 27 por 29...

—¡Aire, Macala, aire!

Pega en la cesta de Irún una pelota, pasada, y triunfan los azules entre una delirante ovación de sus parciales; y el caserón amenaza derrumbarse al grito de:

¡Aire, Macala, aire!

El ahora llamado Viejo Frontón fué siempre un amplio local con capacidad para más de diez mil espectadores y las suficientes comodidades del caso; pero cumplida la fecha en que había de entregarse al Ayuntamiento, una empresa construyó el Nuevo Frontón, desde luego, más confortable y con cabida para mayor número de espectadores que el antiguo; sin que nada de eso, sin embargo, le mereciera a éste las simpatías que se había ganado en el público por su significación histórica; y también por ese afecto que con los años suelen algunos viejos conquistarse.

Hoy es el antiguo Frontón el que funciona, confirmándose con ello el cómodo adagio en el que se asegura que «todo vuelve»; y que al cabo de los años mil, etc., etc. En el Viejo se han llevado a cabo



M

4

REVISTA DE LA HISTORIA DE LA HABANA

juntas, mítines y asambleas de gran importancia en nuestra vida mercantil, social y política; actos todos que influyeron en el desenvolvimiento de nuestra historia patria, y que necesariamente han debido arrojar una sombra de respetabilidad en los ámbitos que guardan las paredes del vetusto edificio. No hay que olvidar que en otro juego de pelota, en el de Versailles, se echaron los cimientos de la República francesa y, por ende, de los gobiernos representativos modernos de todo el mundo; por lo que durante mucho tiempo se consideró por los franceses aquel local como un respetable monumento histórico; lo propio que harán tal vez algún día los cubanos con el que Víctor Muñoz llamaba «El Palacio de las mil voces». Ya una vez estuvo instalado allí un museo, cuando el Gobierno de José Miguel Gómez y siendo Secretario de Instrucción Pública el doctor Mario García Kholl. De todos modos, ¡cuánto nos recuerda a los descoloridos de 1901, hasta el 18, etc., etc., el caserón de Concordia y Lucena! ¡La danza de los millones!... ¡Las tardes pródigas y las noches trágicas! ¡Los grandes partidos en que figuraban los hermanos Erdoza, Navarrete, el zaguero invencible; Trece, Eloy!...

Ningún deporte más entretenido que el Jai-Alai, si se va a él reposado el ánimo y exento de ambiciones; ni otro existe que, en las distintas fases de su desarrollo, acuse con mayor relieve la agilidad, elegancia y esbeltez del ejemplar masculino: es el deporte que cuadra a esa pura raza euskara de inteligencia vivaz; fuertes músculos de acero, y líneas rectas y sobrias de estatua griega.

Se rumoró por mucho tiempo que aquel Macala, una de las más sobresalientes figuras del Jai-Alai de la primera época, había perdido sus ahorros en varias infortunadas jugadas de Bolsa —ese Jai-Alai que también juega a la pelota con los hombres—, y que había consolado su miseria sentando plaza de cochero público en Buenos Aires... Es como un símbolo de prevención ese Macala, triste, viejo, pobre, caída de pesadumbre la cabeza sobre el pecho, añorando en su pescante aquella rumorosa y encendida cancha donde mil voces le gritaban enardeciéndolo:
—¡Aire, Macala, aire!...

Macala 1934

